

## UN COBARDE

---

Fué cuestión de pocos minutos: subió el anciano la escalera del ministerio. Le dijeron... ¿Qué le iban á decir? Lo de siempre: que había que esperar. ¡Esperar! A los veinte años eso es hermoso; á los sesenta y cinco no lo es tanto. Sacó un arma y se suicidó.

¡Loco!—dijeron unos.—¡Criminal!—gritaron no pocos.—¡Cobardel dirán mañana los filósofos sin agallas.—Ello es que se mató. *Requiescat.*

Un suicidio á lo Werther es siempre simpático á los ojos de la muchedumbre. Y, sin embargo, es cursi. ¡Matarse en la flor de la juventud porque una Carlota no puede amarnos cuando hay tantas mujeres bellas, dignas, honradas, tiernas, esperando á un hombre que sepa ayudarla á cortar el pan á los niños! Ello es que el público lo perdona y aplaude. Pero, ¡matarse á los sesenta y cinco! Eso no place á la galería. Ella quiere

que se mate y se muera por amor. Pero por amor ni se mata ni se muere. Se mata por pasión brutal, y cuantos amenazan de muerte á las queridas por celos ó suprimen á su rival ciegos de satiriasis, suelen dejar á la mujer propia, sin pan y sin afecto en mitad del arroyo.

No. El pobre señor se mató porque ya no podía más. Imaginad un empleado probo, inteligente, candoroso, digno. Un cuarto de siglo ha asistido el pobre hombre á su oficina, con la puntualidad del perro que acude en busca de los dones del amo. Supongamos que tiene familia. La mujer alisa la felpa del sombrero raído y arregla los pliegues de su corbata.

—¡Cuidado con el frío! ¡Que mires bien si el tranvía se acerca! ¿Llevas pañuelo? ¿Y cigarrillos? ¡Adiós, adiós! Y el buen señor se aleja volviendo la cabeza á ver si su mujer se ha acordado de asomarse. La ve y hace con la mano una despedida cariñosa. Los vecinos se ríen y dicen á coro:—¡Vaya, y que es ridículo ese pobre D. Bonifacio!

A las siete horas vuelve. Ya están levantados los niños, y al verle venir palmotean. El llega con su paraguas ó bastón bajo el brazo, cuando no con un grueso legajo de expedientes que tiene que despachar por la noche.—¡Pero hombre—le dice la mujer, se

conoce que quieren que te revientes por mil quinientas pesetas! El calla y sonríe;  o bien contesta que el señor director es muy bueno y el jefe del negociado una bella persona; que hay mucho trabajo y es justo ayudar   los pobres.

Otro día llega resplandeciente de júbilo. Un farmacéutico ha imaginado un prodigioso especfco, y se propone repartir veinte mil prospectos en provincias. Le ha encargado escribir veinte mil fajas   duro el millar. Tiene lo menos dos pesetas seguras velando todas las noches tres   cuatro horitas. Así la hija mayor podrá tomar el preparado ferruginoso y comprarse el libro que necesita para seguir la carrera de maestra. Hierro para el cuerpo y para el espíritu, el niño tomar  la emulsión y vestir  pantaloncito nuevo. La mujer tendrá botas y quedará todavía para reponer la despensa un poquito y pagar lo que se debe   D. Salvador.

—Y t ,  qu  necesitas?— pregunta la mujer cariñosa.

El sonríe y contesta:

—Yo nada necesito, si no es... que no me dejen cesante.

Pues le dejen. El ministro quiere reducir la plantilla de auxiliares y aumentar tres plazas bien dotadas para tres paniaguados.

Se acabó. Ya no sale el pobre de casa. —  Qu  habrá pasado   D. Bonifacio?  Bah! Se habrá muerto.  Todav a no, señores, todavía no!

Falta ver   los suyos sin comer.  Para qué relatar miserias? Pasan así tres años.  Vaya unos tres añitos!  C mo se puede resistir de este modo? Nadie lo sabe ni le interesa. El pobre ha quedado en los huesos y, lo que es peor, los suyos le recriminan. El hambre no es piadosa. Pero el desdichado hace cuanto puede. Todos los días va al ministerio; pero ya nadie hace caso de aquel pelma. Y el cesante compadece al ministro que est  muy ocupado, y al director que no puede hacer todo lo que quiere. Ha corrido Madrid de un extremo   otro y ha importunado   todo el mundo.

Ya se sabe: hay que atender   mucho pedigu e o. Entre tanto, hace recados y reparte esquelas de defunción. Se muere mucha gente. Todo el mundo se muere, menos él.

Y un día piensa que es un estorbo, que   su mujer la recogerían unos parientes, si él faltase; que el niño entraría por recomendación en un colegio; que la niña podría invertir lo poco que gana, dando lecciones y recosiendo, en adquirir su título. Sale de casa. —  A ver si hoy haces algo!— d cele la

mujer huraña. Al balcón no se asoma; entre otras razones, porque la casa ya no tiene balcón.

Llega al ministerio. Tampoco puede ver más que al jefe del negociado, quien con franqueza brutal le advierte que pierde neciamente su tiempo. Un sudor frío corre por sus sienes y las piernas le tiemblan. No ha comido en tres días. Baja la escalera confuso y mareado. ¡Bah! Esto se acabó. Saca una navajita con que cortaba el papel de las fajas y se mata allí mismo. Su cuerpo rueda en aquella escalera por la cual subió tantos años. El sainete ha acabado. Aplaudid, curiosos.

El ministro, el director, el jefe, el oficial, los compañeros lo saben y lo sienten mucho. ¡Pobre D. Bonifacio! ¡Era un empleado ejemplar! En fin, á otra cosa. La gente se entera por los periódicos y dice á coro:

—¡Hombre, otro suicida! ¡Cobardón, más que cobardón!

La mujer es recogida, como suponía el infeliz, por unos parientes; el niño va á un asilo; la hija recoge su título, merced á una limosna ó á una venta, y llega á auxiliar de una escuela. Allí la oiréis enseñar á las niñas que todo lo tiene Dios maravillosamente dispuesto, y que lo primero es conservar el orden social.

## EN LA CARRETERA

---

Trenes que salvan en poquísimas horas distancias enormes, automóviles que corren aún más que los trenes, cortes que se trasladan de una á otra población, sin detenerse en ellas más tiempo que el que pueden durar las flores de los banquetes y las ovaciones de artificio: eso es lo que da de sí la actualidad. Y á fe que no es poco. Correr, correr de un modo vertiginoso, incesante, sin saber á dónde ni á qué. ¡No es ésta la característica de una generación que, huyendo de sí misma, ha convertido la velocidad en fin como el corzo, y el vuelo en suprema aspiración como la golondrina?

Queremos hacerlo *todo al vuelo*, como la niña de la dolora. Esos millonarios que en París y en Madrid, en los itinerarios vieneses como en las carreteras cantábricas, precipitan sus máquinas por las pendientes más escuetas á razón de más de cien kilómetros por hora, padecen una obsesión, una fiebre

del vértigo, una insania de la velocidad que era antes patrimonio de los maquinistas de expreso, y que hoy lo es de todos. Somos hijos de un siglo que ha agotado él solo más hombres, más ideas, más sistemas, más dinastías, más riquezas y más descubrimientos que todos los que le precedieron. A cada paso suyo brotó una chispa, y por eso se llamó *de las luces*. En el que ahora alborea los pasos son tan rápidos, las vibraciones de luz tan continuas, que amenaza con conquistar el dictado de siglo de las llamas ó centuria del desenfreno.

Es un fenómeno observado con harta frecuencia. Se camina para llegar á un punto; se corre á fin de conseguir más pronto alcanzar esa meta que parece alejarse y burlarnos. Después se ama la carrera por la carrera misma. Se quiere devorar el espacio como se desearía suprimir el tiempo; ver cómo todo se precipita sobre nosotros y pasa como las proyecciones de un aparato cinematográfico para perderse en el olvido. Y es preciso avanzar más y más, satisfacer esa sed de verlo todo, de agotarlo todo, de vivirlo todo en un supremo é inefable minuto. Mas he aquí que de pronto nuestro vehículo tropieza contra una piedra miliaria, contra un árbol rugoso y secular, y sobreviene la catástrofe. ¿Qué importa? Los

que nos sobrevivan correrán más aún, hasta que nuestro mundo se convierta en una bandada de gaviotas y nuestro sistema sideral en un inmenso nido de aerolitos.

En medio de la carretera polvorienta, que se extiende como un anillado terroso entre trigales amarillentos ó viñedos azules, gufa, con su vara al hombro, el carrero los tardos bueyes. No parece sino que los animales pacíficos van buscando en el suelo, con la mirada inteligente y hegeliana, que describe tan bien Lecomte de Lisle, las piedras más seguras, para fijar en ellas su uña rasgada y fuerte, en tanto que su cansancio asoma en espumosos hálitos á las fauces. La chicharra corea el monotonó rechinar de la rueda mal encebada, y un sol abrasador alumbra aquella alegoría de la lentitud, deshaciéndose en ráfagas ardorosas sobre las nubes de polvo del camino.

De pronto, á lo lejos, asoma un punto negro, que avanza, crece, se precipita. Es el automóvil. Llega como una aparición y pasa como un bólido, dejando tras sí olor á petróleo y tableteos de acero vivo. El labriego se sobrecoge; los bueyes se detienen y alzan sus cabezas, apesadumbradas del yugo y ornadas de flecos. Suena entonces la esquila como respondiendo al estridente campaneo ó al grito gutural de la sirena de

vapor. Nada se ve. No ha quedado ya sino la impresión de un deforme monstruo que pasa resoplando, en cuyo seno van inmóviles hombres, con ojos abultados de cristal, que parecen de díptero, y una oleada de vapor caliente. Aún suena lejano el tableteo: después la carreta recobra su perezosa marcha y el chirrido de las ruedas vuelve á sonar.

Aquello que ha pasado y se aleja es la civilización, negra, amenazadora, veloz, enemiga de toda poesía. Ni siquiera ha visto al cruzar al grupo geórgico. Lo que sigue sobre la carretera que se extiende entre viñedos ó trigales, es el pasado, la somnolencia, la fe petrificada, la resistencia al avance. Tampoco el labrador ni la yunta se han dado cuenta de que hay que caminar más aprisa y que el juguete temeroso que ha rozado los costados del armatoste es algo muy grande que ha de transformar las ideas, las costumbres, el mundo entero, resista quien resista y pese á quien pese.

Luego la carreta se cruza con una cuadrilla de segadores; también ellos caminan despacio, con sus pesados zuecos y zapatos herrados, con sus carnes tostadas mal cubiertas por sucios jirones, con sus rostros en que se ve la agonía, la angustia y el cansancio infinitos del explotado sudra. Se sa-

ludan, cruzan algunas frases y se ofrecen agua y acaso renegridos trozos de pan de maíz. La carreta se ha detenido, y en su sombra hacen alto los infelices parias. Los bueyes se desuncen y descansan en tierra, revueltos con los desheredados, mirándolos con sus ojos enormes y claros, pacíficos y soñolientos. Los otros los miran con afecto, como trabajadores que son.

Entonces se habla de aquello, del monstruo que ha pasado, de la máquina que ruge y vuela, de los hombres inmóviles, con ojos de díptero, agarrados á la pequeña rueda que impulsa y sirve de timonel.

—¡*Cousas d'o demo!*—dice el viejo capaz de la miserable cuadrilla.

No. La civilización es divina. Lo que en ella hay *d'o demo*, es el olvido con que se aleja de los viejos que sufren y de los rapaciños que lloran.

## JUNTO A LOS HIERROS

---

Lo primero que he visto al abrir el balcón ha sido un pajarillo muerto. ¿Quién le ha arrojado allí? Alguien, sin duda, porque había en el pequeño cuerpo frío *huellas de hombres*, ó lo que es lo mismo, de crueldad. Tenía en una de sus patitas rígidas atado un bramante. La verdad: me he entristecido mucho y no he de explicar cómo y porqué. En opinión de ciertas autoridades, todo esto nada interesa al público que quiere solo oír hablar lisa y llanamente de *todo sin meterse en nada*, sin filosofías, ni petulancias, ni armas al hombro. Si no fuera por esto ya cuidara yo de citar á Catulo ante el pájaro exánime, diciendo á su Lesbia: *No hagamos caso de las murmuraciones de los viejos.*

Al lado del pájaro, sobre una maceta, he visto á los pocos instantes, vivo y moviendo sus serradas antenas, como un ciego su palo, á un saltón. Pero no era un saltón

vulgar, sino todo un *Stauronoto*, lo cual quiere decir en buen romance que era un hermoso ejemplar de langosta, de esa langosta que asola los campos de la Mancha y que este año ha visitado las cercanías de Madrid. El ortóptero se sostenía sobre las hojas haciendo girar su cabeza aplanada y mirando yo no se qué con sus enormes ojos oblongos. Avanzó muy despacio por las ramas moviendo sus largos tentáculos, y por fin se detuvo sobre una hoja lanceolada, dejando solo un imperceptible movimiento á sus grandes élitros parduzcos y sus tarsos pelosos. Acaso meditaba en la inanidad de las cosas humanas y los preceptos literarios.

El contraste entre el *alauda* y el *acridido* no podía ser más notable. Muerta y todo, la alondra representaba el día, la espesura, la umbrosidad, la exuberancia de los bosques y los sembrados; la langosta traía á la imaginación el atardecer, las tierras eriales, los trigales yermos, la llanura infecunda, los campos en barbecho. Recordaba el plumaje, la abundancia; el corselete pardo, la miseria. Y era el fruto de la miseria y el abandono el insecto que nace de la suciedad de la tierra, como el parásito de la suciedad de los hombres, quien se encontraba libre y vigoroso, y era el bienhechor

de los campesinos quien se hallaba sin vida después de sufrir los tormentos de la barbarie y de la esclavitud.

Todos hemos oído contar á los labriegos aterrorizados cómo en medio de los barbechos y de las tierras destinadas á pastos, un día aparece una mancha que se extiende y muy pronto se espesa en miriadas de huevos. Un día, el canuto ha evolucionado, y una nube negra se alza obscureciendo la luz meridiana para abatirse sobre las campiñas más fértiles. Se oye un rumor de trueno, el cielo se nubla; es la odiosa langosta quien llega. A las pocas horas el campo, verde poco antes, parece un seco y abrasador arenal. No ha quedado una brizna, ni un tallo, ni una fresca semilla. El labrador llora entonces su desgracia é increpa á la Providencia misma por tamaña desolación y desventura.

Pero no se acuerda de los pájaros. Uno solo hubiera destruído en menos de una hora quinientos huevos. Una bandada de golondrinas le hubiera limpiado en una quincena dos hectáreas. Ese pajarillo que yace junto á los hierros del balcón, hubiera impedido la catástrofe. ¡Pero el pájaro tiene tantos enemigos! Todo el mundo procura matarle, aprisionarle, martirizarle. Ese vencedor de todas las plagas no ha po-

dido librarse de la mayor de todas: de la brutalidad de los hombres.

Yo he visto vender en la calle por un mercader á los niños mal educados golondrinas atadas al tarso, y á todos los que lo presenciaban, incluso los representantes del orden, reirse de los esfuerzos de los pobres pajarillos para soltarse de la cuerda. Querían volar y caían sobre el duro empedrado, se arrastraban y desfallecían, por fin mal heridos y jadeantes. El saltón tiene otra mejor suerte. Se le huye, porque es repugnante; no puede lucir en las jaulas ni en los escaparates de los figones. A lo sumo, se le aprisiona, para soltarle presto, para ver, cómo con sus patas nerviosas toma impulso y cruza luego el aire en caprichosos giros.

*Esto hubiera matado aquello* he dicho, como un Frollo pretérito, ante el ortóptero y la alondra. Aquél ha volado. A ésta la he recogido, para que la entierren los niños bajo un árbol frondoso, cerca de un arroyuelo susurrante, lejos de los eriales arenosos y de los hombres sin corazón.

## LAS GORRERAS

---

Ello es que en Madrid hay una fábrica de gorras; es decir, una en donde los obreros se han declarado en huelga. Buena ó mala, la huelga es el arma de los trabajadores y la esgrimen. Indagadas las causas del paro se ha averiguado que la mayor parte de las obreras son niñas de siete á catorce años que ganan la ínfima cantidad de setenta y cinco céntimos semanales.

No hemos de hacer por ello un cargo al dueño de la fábrica. El hombre tiene que abaratar la mano de obra, porque los impuestos son muchos, y á más, muy elevado el precio de las primeras materias. Si puede hacer gorras con sudor de niña, ¿á santo de qué las va á hacer con seda, algodón ó paño? Si es lícito pagar tres reales por semana, ¿con qué motivo ha de aflojar cuarenta? Si en la *mecanización* del trabajo, gracias á su divisibilidad le basta tener niñas, ¿por qué ha de mantener hombres? Si para cons-

truir esas gorras le basta con instintos, ¿qué razón exige que demande inteligencias educadas?

No: no es extraño que los jornales no sean mayores. Lo verdaderamente asombroso, extraordinario, sorprendente, es que esos setenta y cinco céntimos no se hayan convertido en cincuenta ó veinticinco. Porque, una de dos: ó los padres de esas diminutas obreras no las llevan al taller por lucro, sino por sacudirse las chiquillas de encima, ó son tan pobres, tan miserables, que tomarán la cantidad que se les dé á falta de otra y, en este caso, tonto es el industrial en no rebajar la recompensa, y aun en no proponer como tal algunos mendrugos que, al cabo, aliviarían á la familia del gasto ó dispendio de una boca.

Tampoco deja de ser maravilloso que pudiendo elegir niñas de catorce años el buen señor, se contente á veces con las de siete. Entre las mayorcitas las habrá, sobre todo para quien no tiene muchos escrúpulos, apetitosas. Una niña inexperta, falta de toda instrucción, con padres que las abandonan antes que empuñar la daga de Masaniello ó la escopeta de Musolino, hambrientas, medio desnudas, no necesitaban de grandes empujes para caer. Era cuestión de céntimos. Bendigamos á ese industrial que



todavía se ha contentado con tener á sus órdenes unas cuantas adolescentes, dejando á muchas niñas pequeñas el cuidado de ayudar á las otras, cuando el trabajo se les hace penoso.

El dilema tácitamente propuesto al dueño de la—llamémosla explotación—es este: ¿Quiéres tener fábrica de gorras? Haz lo que hace el vecino y allegarás millones. ¿Prefieres ser recto? Entonces cierra los talleres, porque te arruinarás de seguro. Sería precisa una virtud socrática para no caer en la tentación de seguir la corriente y ver multiplicarse las pesetejas.

No. La culpa no es del desahogado industrial. Es del Estado, que así pone el débil á merced de los fuertes. Es de los Gobiernos, que encarecen con los impuestos el pan del pobre, para costear mitras, uniformes y levitas condecoradas; es de las clases directoras que, sancionando la libre competencia, no impiden que los niños sean tratados peor que esclavos y no fijan un mínimo de jornal, considerando que la transgresión de ese límite es un verdadero delito de estafa.

Si un hombre encontrara á una mujer hermosa suspendida sobre un precipicio y le dijera: «O te dejo en el riesgo en que estás ó has de ser mía». ¿Se diría que la víc-

tima podía elegir libremente? Si otro hallase á un anciano enfermo en mitad de una carretera y le propusiera ser socorrido á cambio de maldecir de Dios y de los hombres. ¿Sería éste un libre contrato? No; la necesidad vicia el consentimiento, y quien de ella se aprovecha para sojuzgar y esclavizar al desvalido, es tan criminal como el salteador que da á elegir á su víctima entre la muerte y el despojo.

Y hay otra causa más grande, más constante de tanta iniquidad. El capital lo es todo; el trabajo no es nada. El dinero parece pecunia, el trabajo no engendra sino sufrimiento y cansancio. Pasados que sean algunos años, el capital del fabricante producirá interés y él podrá retirarse de los negocios. Entonces esas niñas estarán muertas ó agotadas. Pero el Estado seguirá cobrando impuestos industriales, de consumos, haciendo imposible la vida en los campos, último refugio del menestral y, en cambio, no se atreverá á fijar límites á la riqueza improductiva, ni á agravarla, ni á declarar que el trabajo, lejos de deber contribuir á sostener vagos y explotadores, debe ser subvencionado, como fuente de bienestar y riqueza por quienes lo son.

Yo no sé los años, las centurias que estaremos los hombres de buena voluntad pre-

dicando en desierto, enemistándonos con los fuertes, perdiendo fortuna, posición, influencias que la adulación nos reportaría á cambio de una sonrisa de la verdad. Lo seguro es que llegará un día en que los hombres se escandalizarán de que en nombre de la justicia, de la caridad, del orden, de la virtud, de la religión y del bien, hayan podido durante siglos los peores, con el apoyo de las armas y de todas las mujeres devotas, perpetuar desigualdades é infamias que sólo pueden defender la ignorancia y el crimen. Entonces y solamente entonces, dejarán los hombres de arrebatarse el pan á los niños y un suspiro inmenso de bienestar, al pasar sobre nuestros osarios, nos recompensará de una vida entera de obscura y penosa labor.

---

## EN LA HUERTA

---

Había ya cerrado la noche; ráfagas vivificadoras de un aire puro y oxigenado, coluñaban la hinchada copa de las morenas; el aroma de los azahares y los jacintos flotaba en los espesos ramajes; un rumor solemne se alzaba sobre adarves y partidores y, en el cielo esmaltado, las estrellas rompían en parrandas de luz.

Agigantadas y multiplicadas las sombras, mostrábase la huerta aún más grande, más soberana. Sobre ella parecía cernerse todo el genio musulmánico y dormitar en la noche nupcial, en el seno de las frondosidades silenciosas, como duerme en su capillo el gusano.

Y, flotando sobre los albardines rojizos que cabalgan en las lomerías, subían á las nubes tenues columnas de humo azulado, como movibles y retorcidas columnas salomónicas, sosteniendo la azul y tachonada cúpula, ó como incensarios de un templo